

La vida de Juana Francisca en su contexto

Nacida en Dijón en 1572 de una ilustre familia aristocrática (su padre era presidente del Parlamento de Borgoña), después de una excelente educación fue dada en esposa, con menos de veintinueve años (1592), al barón de Chantal, a quien le dio seis hijos (de los que sobrevivieron sólo cuatro), y que perdió en un incidente de caza (a los catorce días solamente del nacimiento de su última hija). En esta viudez a los veintinueve años, tanto más sentida por el feliz matrimonio que había vivido, se dedicó a la educación de sus hijos y al servicio de los pobres y de los enfermos, soportando no pocas humillaciones por parte de la criada de su suegro (en Monthelon), que gobernaba la casa como dueña. El Señor le inspiró quién debía guiarla en la vida espiritual, después de haber hecho voto de no volver a casarse otra vez y de no acudir en adelante a ningún otro más que al sacerdote que dirigía su alma. En 1604 encontró en Dijón, durante una predicación cuaresmal, a san Francisco de Sales, con quien inició una profunda relación de sumisión espiritual (después de haber sido liberada del voto anterior), obteniendo las luces necesarias para su consagración total al Señor y para la entrega a una vida mística, cuyo valor había podido experimentar a través del contacto mantenido con los carmelitas de Dijón.



A través de un camino de dolorosas purificaciones, su vida de oración seguía una dirección contemplativa que superaba la fase del demasiado rígido ascetismo al que se había visto sometida anteriormente. En el coloquio «corazón a corazón» con Francisco de Sales, Juana aprendió aquella libertad interior para con su director espiritual, cuyo modelo, como le recordaba el obispo de Ginebra, era Teresa de Ávila. En 1607 Francisco de Sales le reveló su proyecto de fundar una orden femenina sin clausura, la Confraternidad de la Visitación de María. En 1622 perdió precozmente a su director espiritual, y desde entonces se ocupó de la publicación de sus escritos. Tras muchas fundaciones, que comportaron numerosos viajes y fatigas, afligida por crueles pruebas de aridez espiritual y tentaciones contra la fe, murió de pulmonía (después de una larga y dolorosa agonía, en la casa sucursal de Moulins). Su cuerpo es venerado hoy junto al de san Francisco de Sales en el templo de la Visitación de Annecy. Juana de Chantal fue beatificada el 11 de agosto de 1751 por Benedicto XIV, y canonizada el 16 de julio de 1767 por Clemente XIII.

El espíritu de la Nueva Orden

El modelo de comunidad religiosa ideada por Francisco de Sales y Juan María Chantal, «Orden de la Visitación de Santa María», debía tener rasgos fuertemente originales respecto a las antiguas órdenes. «Una pequeña congregación de mujeres», así resumen las *Mémoires* los comienzos de la misma, que viven juntos *par maniere d'essai*, sin clausura, sin votos solemnes, sin excesivas asperezas corporales y con «pequeñas» constituciones; un «dulce asilo» donde incluso las enfermas y las más débiles por constitución física o por edad pudieran ser acogidas y «dedicarse a la perfección del divino amor»; por ejemplo, las viudas, que por la custodia de sus hijos estuvieran todavía atadas a intereses temporales, y las mujeres que aun viviendo en el mundo desearan recibir instrucciones para «vivir santamente», y para quienes la Visitación podría ser un refugio siempre disponible y un lugar de retiro. El proyecto originario preveía una composición de vida activa y contemplativa, pero la parte mejor, escribía una vez más Francisco de Sales, debía estar dedicada «a las obras interiores de la contemplación». El arzobispo de Lyon quiso en cambio que la Orden recuperase las bases contemplativas, y muy pronto sólo las primeras profesas siguieron practicando los dos modos de vida. Las constituciones fueron aprobadas en 1626. Sólo más tarde la Visitación se dedicó a la educación de las jóvenes. El fundamento de la Visitación era, según palabras de la misma Juana de Chantal, «la vida interior»; su práctica eran las pequeñas virtudes cotidianas y la oración,

que conducía por los caminos del amor divino y de la unión mística.

Las enseñanzas de Francisco de Sales y la propia experiencia interior la habían persuadido de que las prácticas ascéticas no pueden vencer las pasiones, que son inclinaciones naturales y deben por ello ser sometidas a las mismas leyes que regulan los movimientos de las fuerzas de la naturaleza; la virtud «sólida» es la que se adquiere en las contradicciones, en la «pequeña navegación» que Juana de Chantal y Francisco de Sales enseñaron a sus hijas, y que consistía en dejar las pasiones a su ímpetu natural, sin afrontarlas ni secundarlas. En sus hijas Juana apreciaba más las «grandes imperfecciones» afrontadas con valor y «amplitud de corazón» que los corazones «medio muertos» que, a falta de una real vida afectiva, sólo cultivan fantasmas de virtudes. Desconfiaba de las manifestaciones extáticas que contravenían aquella vida «mediocre» y de «santa simplicidad» que debía ser la práctica de la perfección del nuevo instituto.

Y en el horizonte, el martirio por amor, así lo refiere la fundadora a sus hermanas religiosas: «Pues yo creo que hay otro martirio, el del amor, con el cual Dios, manteniendo la vida de sus siervos y siervas, para que sigan trabajando por su gloria, los hace, al mismo tiempo, mártires y confesores. Creo que a las Hijas de la Visitación se les asigna este martirio, y algunas de ellas, si Dios así lo dispone, lo conseguirán si lo desean ardientemente». (textos de E. Lodi y A. Scattigno)